



FERNANDO DEL PASO

"Uno escribe novelas cuando camina cuando lee cuando sueña"

LUIS SANCHEZ BARDON y JAVIER GOÑI

CUANDO alguien —crítico o lector— quería mantener un poco las distancias frente a la más o menos orquestada campaña del "boom" de la novela hispanoamericana, citaba, como injustamente postergada, una novela, "José Trigo", un autor, Fernando del Paso. La novela, a pesar de obtener el Premio Xavier Villaurrutia en 1966, editada por Siglo XXI no obtiene el éxito. Diez años más tarde, Fernando del Paso es nuevamente premiado. Un Jurado internacional concede a "Palinuro de México", su segunda y última novela hasta ahora, el Premio México. La novela ha sido publicada hace unos meses por Alfaguara.

Fernando del Paso (México, 1935) hizo estudios de Biología y Economía —dicen las solapas de sus libros—, que nunca terminó. Trabaja en publicidad. Se instala en Londres —en donde vive actualmente—. Colabora en la BBC. En 1958 publica "Sonetos de lo diario". Luego vendrá "José Trigo". Obtiene una beca Guggenheim. En 1974 expone en Londres sus dibujos. Prepara su tercera novela. (Hasta aquí sus datos biográficos.)

Octavio Paz en "Posdata" se refiere a lo que la plaza de Tlatelolco (la oficialmente plaza de las tres Culturas, que nadie en la capital mexicana llama así), plaza "imantada de historia", son

sus palabras, ha significado en la historia de México. Tlatelolco tiene, para Del Paso, un significado especial. La plaza es, como ha dicho el propio Octavio Paz, el personaje central de "José Trigo". En la plaza, en octubre de 1968, mueren centenares de estudiantes a manos del Ejército. En esa fecha muere también el estudiante Palinuro. Recordándole la frase de Octavio Paz ("esa plaza es una suerte de cristalización simbólica de la historia de México"), comenzamos a hablar con Fernando del Paso...

—En la plaza de Tlatelolco muere el principal personaje de "José Trigo", que no es José Trigo, sino Luciano, el líder ferrocarrilero. Palinuro recibe la paliza que le causa la muerte, en otra plaza, el Zócalo, o plaza Mayor, y muere quizá allí, quizá en el cuarto donde vive. No se sabe, porque su muerte ocurre en un momento donde se mezclan la realidad y la fantasía, el recuerdo y las ilusiones, el pasado y el presente. Pero, desde luego, lo importante es que muere en el conflicto estudiantil que culminó con la brutal represión efectuada por el Gobierno mexicano en Santiago Tlatelolco, o plaza de las Tres Culturas. Cuando terminé "José Trigo", en mil novecientos sesenta y seis, nunca imaginé que dos años después habría de tener lugar, en el mis-

mo sitio, un acontecimiento que conmovió a la sociedad mexicana, y tras el cual México nunca volvió a ser el mismo. Yo no volví a ser el mismo. Y el personaje original que había pensado, el estudiante de Medicina, se me escapó de las manos para ir a encontrar una muerte distinta de la que yo había imaginado. No sólo para mí Tlatelolco tiene un significado muy importante, sino para México. Es un lugar mítico. Como se muestra en los capítulos llamados "Cronologías", de "José Trigo", fue en Tlatelolco donde se fundó la gran Tenochtitlan. Fue Tlatelolco el último baluarte de los indios y la ciudad fue conquistada cuando cayó en manos de los españoles el gran Chu, o gran templo de Tlatilulco. Allí estaba el mercado más grande del continente americano. Allí se fundó la primera escuela de América. Allí se representó el primer auto sacramental de la Historia que fuera traducido a la lengua de los vencidos y que se llamó "El fin del mundo". Allí, Sahagún escribió sus libros sobre la Nueva España. Allí, en fin, ocurrió la hecatombe de mil novecientos sesenta y ocho.

—Octavio Paz habla también de las relaciones extrañas entre creación artística y realidad histórica. ¿Qué piensas tú sobre esto?

—Considero esta relación como una cuerda tensa, casi en punto de arpa, y sobre la cual camina el escritor haciendo equilibrios entre la verdad y la mentira, entre la oscuridad y la revelación, entre la mortalidad y la inmortalidad.

—¿Podemos hablar de una obsesión por la historia de México?

—Las principales de mis obsesiones no tienen mucho que ver que digamos con la historia de México, pero me interesan, me apasionan algunas épocas de la historia de mi país y de Latinoamérica en su relación con la historia de Europa. O más bien debería decir en sus enfrentamientos, en sus choques culturales. Desde el primero y más brutal, en el momento de la conquista, hasta los que siguen ocurriendo en nuestra época. Pasando, claro, por el último intento de Europa por implantar una monarquía en el Nuevo Continente y detener la influencia anglosajona en el mismo: el fallido imperio de Fernando Maximiliano de Habsburgo. Este interés me acerca a algunos de los escritores de mi país: Martín Luis Guzmán, Carlos Fuentes. Otros están en otros mundos, muy lejanos, como Salvador Elizondo. Pero no soy yo el más indicado para decir en qué me parezco o en qué me diferencio de unos o de otros.

—Pasemos al "Palinuro"...

—Pretendí hacer un buen libro, un libro lleno de vida, un largo poema sobre el amor y la muerte, sobre el cuerpo humano. El proceso de creación fue complejo en sumo grado, pero no es algo de lo que me gustaría hablar. Las dificultades fueron innumerables, y durante mucho tiempo pensé que estaba yo en un callejón sin salida, luchando con un monstruo proteico que se me derramaba por todos lados. Pero superé esta etapa. Trabajé en "Palinuro" durante varios años, siete o nueve, quién lo sabe. Y no sólo trabajé varias horas diarias durante una eternidad, frente a la máquina, sino también en bibliotecas, en museos, en las calles. Uno escribe novelas no sólo cuando las escribe, sino cuando camina, cuando lee, cuando sueña.

—Tu libro aparece como una obra total, en la que el escritor ya ha dicho todo...

—Nunca he pretendido decirlo todo de todo, sino nada más todo de algo, todo de un microcosmos, de un pequeño mundo que fije sus propias dimensiones y sus propias reglas de juego. Aun así, es imposible. Aun así, uno tiene la sensación de que algo se quedó por decir, quizá lo más importante. Quisiera lograr, en mi próxima novela, otro microcosmos independiente de los dos primeros. No me preocupa no tener qué decir: creo que todavía puedo decir mucho, y además, en el proceso creador, uno descubre muchas nuevas cosas que hay que decir, gritar, cantar, denunciar. Lo que me preocupa profundamente, lo que me angustia, es si sabré cómo decirlo, si tendré el tiempo para decirlo.

—¿Por qué no se ha publicado todavía la novela en México? ¿Presenta el "Palinuro" problemas políticos?

—"Palinuro de México" tiene un editor en México: Joaquín Mortiz, y pronto será publicada allí. El otro editor, el que otorgó el premio, renunció a los derechos. La razón que dio fue que, por su excesivo volumen, "Palinuro de México" no era un libro "costeable". En realidad, lo que no resultaba "costeable" es premiar un libro dándole a su autor una jugosa cantidad en efectivo y después no publicarlo, no hacer el menor intento por recuperar esa inversión. Por otra parte, se trata de una editorial económicamente muy poderosa. Las razones verdaderas, pues, se caen por su propio peso: son de tipo político o puritano. O las dos cosas.

—Llama la atención en la novela la insistencia de términos médicos, la inclusión continua de elementos relacionados con la Medicina...

—Todo término médico está relacionado con lo más valioso y sagrado, materialmente hablan-

do, que poseemos: nuestro cuerpo. Si se trata de términos anatómicos o fisiológicos, se relacionan con la infinita divisibilidad de nuestro ser indivisible, con nuestro cargamento de miserias y maravillas. Si son términos patológicos, se relacionan con todo aquello que amenaza nuestra integridad humana —tanto física como mental—, y que al fin y al cabo siempre acaban por derrotarla. Y así, "ad nauseam". La Medicina, en mi novela, trata de establecer las coordenadas de la grandeza y la fragilidad de nuestro cuerpo. Nada más, pero nada menos. La Medicina, como bien lo dijo Comte, es en mi novela un prisma a través del cual se narra la vida de mi personaje. Un personaje, por cierto, al que nada le sucede más importante que nacer, vivir y morir.

—Además de muchas otras cosas, el "Palinuro" es una obra de humor. ¿Cómo te lo planteaste? Por otro lado, ¿puede decirse que las acumulaciones eruditas, que a veces sobrecargan tus páginas, tiene en la ironía su razón última?

—Nunca me he planteado el humor formalmente. En "Pali-



"El objetivo de la novela debe ser la verdad, pero siempre a través de lo que Borges llamó lo 'simbólicamente verdadero'".

nuro" se dio en forma espontánea, y todo lo que hice fue explotarlo y encauzarlo. No pienso que lo que calificáis como "acumulaciones eruditas" se reflejen en un distanciamiento irónico, sino precisamente en lo contrario: en un acercamiento, ya que en su mayor parte, creo, están dadas en un contexto precisamente humorístico, que las aligera. Y más se acerca uno —más me acerqué yo— a la cultura por el camino de la ironía y el buen

humor que por el camino de la solemnidad. Pero en fin, uno pudo haber sido mi propósito y otro muy distinto el resultado. El tiempo dirá.

—¿Cuáles fueron y son tus relaciones con los autores del "boom"? ¿Crees que tu obra está un poco "al margen"?

—Ni en el tiempo ni en el espacio mis libros han sido escritos al margen de la obra de los autores del llamado "boom" de la literatura latinoamericana. Me une a ellos algo más que una coincidencia geográfica e histórica, y mis libros, en mayor o menor medida, queriéndolo o no, forman parte de la conciencia intelectual latinoamericana. Si por "al margen" se quiere decir que "José Trigo" ha sido, también en mayor o menor medida, ignorado por los críticos e historiadores de la literatura latinoamericana, e incluso por los propios escritores, ése es otro problema que puede estar relacionado no sólo con el valor del libro y su eficacia, sino con "las relaciones públicas". He vivido aislado durante muchos años, y el aislamiento tiene un precio. Las circunstancias en que ha nacido "Palinuro de México", sin embargo, han sido muy distintas, y creo que su destino será otro.

—¿Cuáles son tus preferencias como lector? ¿Qué autores han influido en ti?

—Le dejo la respuesta a la crítica. En un capítulo de "José Trigo" hice un pastiche rulfiano en homenaje a mi admirado y querido Juan Rulfo. Algunos críticos, sin embargo, descubrieron la influencia de Rulfo en otras partes. Una influencia más profunda y vital. Después vi que tenía razón. Rulfo estaba escondido para mí hasta entonces. Y quizá pase lo mismo con Nabokov, con Proust, con tantos otros autores —favoritos o no—, que tal vez no están donde yo creo y están donde no sospecho. Hago una sola salvedad: Joyce. Sé dónde está Joyce en mi obra, más o menos asimilado, según creo. Pero Joyce está en todas partes.

—¿Y tus preferencias?

—Sería necesario hacer una larga lista de autores y títulos, que no vienen al caso. Creo que bastaría decir que mi entusiasmo por la novela nació cuando comencé a conocer la gran novela norteamericana de este siglo, y que es ahora la nueva y también gran novela latinoamericana la que sigue alimentando ese entusiasmo. Hago, desde luego, muchas incursiones al pasado. Y, al igual que Flaubert, me parece que he hecho ya la elección fundamental. Leo también mucha poesía.

—Al publicarse "José Trigo" se llegó a hablar de adscribir la novela a la corriente social-realista...

—No creo, sinceramente, que "José Trigo" entre en una co-

rriente que pueda identificarse con el social-realismo, o el realismo-socialista, o nada que se le parezca. Mis novelas tratan de ser alegorías de una realidad y una sociedad desde luego existentes, pero sólo eso: alegorías, hipótesis. En pocas palabras... o en una palabra —y esperamos que sea en la mejor de sus acepciones—: literatura.

—Hablemos de la novela en general. ¿Qué piensas?

—Si por el concepto "novela" entendemos sólo la buena novela, no creo que ni la actual ni la de ninguna otra época pasada o futura sea una transposición fiel de la vida misma, sino su recreación. El objetivo del novelista debe ser la verdad, pero siempre a través de lo que Borges llamó "lo simbólicamente verdadero". Con la transposición "fiel" de la realidad —por otra parte también siempre incompleta y de una fidelidad parcial— no se hace literatura, se hace antropología. Y cuidado: también hay recreaciones falsas. Ahora bien, toda enumeración, o juego de palabras, cualquier combinación de planos narrativos o históricos, y cualquiera otra de los numerosos recursos descubiertos, inventados por la novela moderna en la búsqueda de su propio lenguaje, deben justificarse, en cada caso, por el grado de su eficacia en la recreación coherente de una realidad.

—Aunque, como tú dices, no es tu obsesión la historia de tu país, si aparece ésta continuamente en tu obra. Desde tu alejamiento en Londres, ¿piensas, al escribir, quiénes pueden ser tus lectores mexicanos?

—No tengo idea de quiénes podrían ser mis lectores en México, aparte de algunos cuantos amigos para los que uno escribe y que nunca lo leen a uno, pero no lo confiesan. Un conocido poeta español decía "Yo no canto mi canción sino a quien conmigo va". ¿A quién más puede uno cantarla sino a aquellas personas a quienes les gusta lo que uno canta? Mis libros están escritos, en otras palabras, sólo para aquellos que los entiendan, que los disfruten, así sean mil lectores o cien mil. Para llegar a públicos muy grandes, con mensajes más directos, el escritor tiene a su disposición el periodismo.

—¿Cuál es el tema de la tercera novela tuya, la que estás escribiendo ahora?

—Poco puedo decir ahora de mi próxima novela. Se titulará "Noticias del Imperio", y aunque habrá de erigirse sobre un trasfondo histórico, tratará, más que nada, de la locura de la Historia y de la locura de Carlota, como símbolo, esta última, de la imaginación creadora que trata de conquistar todos los días una realidad que se le escapa interminablemente... "La imaginación, la loca de la casa". ■